

No recuerdo cómo empezó todo. Pero dadas mis circunstancias es lo lógico. Hoy por hoy, mi pasado se reduce a lo que me cuentan una serie de fotografías y a lo que yace en la memoria de las personas que me han conocido en otros momentos de mi vida. Lo que fui y he sido hasta ayer no existe fuera de ellos.

Por suerte, la elaboración de este diario me explica cada día que cae en mis manos lo que me sucede. Cuando comencé a alarmarme por mis síntomas tuve la feliz iniciativa de escribir para desahogarme, porque contárselo a alguien al principio me resultaba demasiado estúpido. Y cuando dejé de ser algo estúpido, ya fue muy tarde. Pero ¿cómo no te va a resultar una tontería preocuparte de que al hablar -ese magnífico proceso automático en un adulto - de repente te empiezan a faltar algunas palabras? No muchas, sólo algunas. Y no raras o inusuales, sino cotidianas: almohada, salir, país, cebolla... Un tiempo después además dejé de poder participar en una conversación porque se me olvidaba lo que iba a decir según lo pensaba. Lo pensaba, lo argumentaba en mi cabeza, y ahí se perdía en el camino entre el pensamiento y mi lengua. Y un poco más tarde olvidé dónde había puesto las cosas. Pero... ¿eso no nos pasa a todos? Entonces empecé a hacer listas: listas para comprar, listas de lugares, listas de tareas, listas de nombres y direcciones, listas con lo que había leído,

visto y oído, de la gente con la que había quedado y de la que hacía tiempo que no veía... Y leía, entendía, y olvidaba al instante lo leído. Cada libro era nuevo una y otra vez, los subrayaba, los esquematizaba, los resumía... y nada, los conocimientos pasaban a través de mi cerebro como si de un colador se tratara.

Y así fui olvidando cada vez más cosas, las caras de la gente, las penas y las alegrías, los esfuerzos, los lugares, lo que hice ayer...

La evolución de mi enfermedad – no me acostumbro a pensar en lo que sucede como en una “enfermedad” sobre todo porque me encuentro bien y carezco de otros síntomas – ha pasado de esos pequeños olvidos ocasionales que todos tenemos a una evaporación de todo mi pasado, de todo cuanto he vivido, y de cuanto vivo día a día. Es como una sombra que avanza sobre mi memoria, una oscuridad que cabalga sobre mi pasado que va más rápida que mi vida y que ya casi alcanza el momento actual. ¿Verdad que tú apenas recuerdas lo que te sucedió cuando tenías un año? ¿ni cuando tenías tres años? ¿Y que de entre los cuatro y los siete apenas guardas unas pocas escenas claras, algunas sensaciones y recuerdos familiares, algún conocimiento escolar? Pues eso es lo que yo recuerdo de mi vida. Mi umbral de memoria ronda ahora las 24 horas, que serán 12 horas dentro de seis meses si la progresión se mantiene. Y no sé qué será dentro de un año... no lo sé... supongo que seré pura sensación inmediata sin referencias. No puedo ni imaginar lo que sentiré. Pero sé que seré sólo futuro, porque a mi espalda todo será oscuridad.

Hicimos durante un tiempo el esfuerzo titánico de recrear cada día mi vida. Me sentaba por la mañana con algún voluntario que me describía lo más detenidamente posible lo que había hecho, lo que había visto, lo que había estudiado, lo que había viajado y conocido. Cada persona que venía interpretaba a su modo lo que creía que yo era. Lo que creía que debía recordar de mi vida, y lo que creía que

debía saber de mí misma para que pudiera encarar ese día de la manera más consciente posible. Así hubo días en que fui más amiga que esposa, otros en que fui más profesional que paciente, más hija, más compañera de trabajo, más alumna...

Pero un día decidí que me tenían que contar ya demasiadas cosas y que perdía un tiempo precioso en que me las recordaran, un tiempo de consciencia que estaba pagando carísimo con el olvido. Y lo dejé. Ahora tengo un esquema que me recuerda brevemente las cosas importantes de mi vida, que me ayuda a conocer el mínimo imprescindible que necesito saber de mí para empezar a vivir ese día. Lo redacté un día, con el firme deseo de ser la misma todos los demás días, de partir siempre desde el mismo punto. Es un proceso en el que simplificas mucho tu existencia y te quedas con lo esencial ¿has intentado alguna vez describir en veinte líneas quién eres tú? Es un duro golpe para el ego. Para mí fue muy difícil decidir qué decirme a mí misma de mí misma, para recordarme cómo quería actuar. No por tener demasiado donde elegir, sino por todo lo contrario. Pero como mi pasado no existe más allá de esas notas y de mi diario, esa es mi única verdad. Así también es posible que me haya permitido adornar mi existencia escrita con brillos que no estoy segura de que sean reales. Leo notas de magnanimidad o de inteligencia con las que no me siento realmente identificada. Y pienso ¿qué más da? ¿a quién voy a perjudicar? Y yo vivo más feliz mi día pensándome mejor persona de lo que seguramente he sido. Lo único malo es que ya empiezo a dudar hasta de lo que está escrito. Quizás sea síntoma de que se empieza a borrar mi pasado más próximo.

Hoy sólo existe para mí lo que mi pequeño universo cotidiano me devuelve cuando me levanto: mis fotos, mis libros, mis textos, mi música,... mi esposo. Y si él quisiera también salir de mi vida de manera totalmente indolora para mí, sólo tendría que eliminar los testigos de su presencia por la casa y no volver. Y ya. A veces pienso

*SÓLO FUTURO* 

que quizás hayan pasado cosas en ese pasado que ha desaparecido, que desaparece cada día, que pudiera recriminarle: discusiones, desacuerdos, desatenciones, una amante... Pero si esas cosas han existido en algún momento, también han dejado de tener importancia porque ya no las recuerdo. Y en realidad lo único, único, importante para mí es que hoy sigue aquí a mi lado. Otras veces, si pienso que quizás hay alguien más en su vida, me asusto y me duele por miedo. Por si un día en efecto me despierto y ya no está... y acto seguido ya no podría saber si ha existido en realidad. Aunque si se va, sé que no sufriré. Lo importante es que hoy sí que está conmigo.

FIN